

MOSAICO DE LA MEMORIA

En las últimas generaciones de artistas, específicamente durante las dos décadas a partir del 60, se produjeron dos fenómenos de asimilación que los marcaron en el futuro. Me refiero por un lado a la innovación, que tomó características formales de gran amplitud, y a la vivencia de su medio, que alcanzó ribetes trágicos desde 1975 y durante toda la etapa de gobierno militar. O sea que el impulso creacional se frustra y obliga al creador a una ruptura externa con la realidad para refugiarse en una expresividad que luego será contenida, tortuosa, dramática.

Carlos Langone, nacido en 1945, será un pintor de apenas veinte años cuando este fenómeno comienza a gestarse. Por ello, sus virtudes técnicas expresivas se canalizarán por medio de una visual cercanamente ligada a las vicisitudes que deberá afrontar. No nos extrañe, por ello, en su obra, encontrar las series de elementos envueltos, atados, sus personajes con máscaras antiguas o anteojos oscuros (series de las “tensiones” o de las “máscaras”).

Sus paisajes urbanos distan mucho de parecerse a las aquietadas escenas de pintores de la Boca, empujados casi de una metafísica climática. Langone ofrece su propia versión paisajística con intrincadas escenografías de maderámenes y trapos entrecruzados, donde la atmósfera que se respira es la de la angustia o la incertidumbre, el miedo.

Esta escenografía de la desolación, esta narrativa de la destrucción no es la misma que ha detallado nuestras miserias en otras épocas.

La crudeza no está aquí tanto en mostrar al ser convertido en partícipe de un deterioro o una injusticia social, sino como fantasma de una sociedad carnívora o caníbal que destruye los cimientos que aún la ligaban a una civilización humanista o que pretendía creer en el ser humano.

Este drama, aparece en numerosos dibujantes que hoy se aproximan a los cuarenta años y que constituyen el testimonio cabal de un pasado demasiado cercano y un futuro todavía tremendamente frágil en el país. Carlos Langone atraviesa esta experiencia con reconocidas condiciones técnicas que lo convierten en un protagonista del arte argentino actual. No hace mucho tiempo manifestó en una entrevista que “lo que he mostrado hasta ahora es una visión dolorosa pero vital. Reconozco estar bastante cargado por esta realidad que no es muy dulce que digamos.”

Y ése es el legado que estos jóvenes maduran en su conciencia. Pero de esta pena, esta maceración, indudablemente permanece el sentido vital acotado, o sea la idea de que el arte, sea dibujo, pintura o escultura, sobrevive a las crueldades del hombre. Y lo rescata.

Raúl Vera Ocampo
Crítico de arte
(Prólogo publicado en el año 1987)